que se dignase tomar alojamiento en la ciudad; pero viendo que el gefe español no disponia su marcha á medida de la impaciencia de sus deseos, los ancianos gobernadores de la república llegaron por último al campamento cristiano, con un gran acompañamiento y quinientos *tamanés* ú hombres de carga. Entoncec Cortés, no pudiendo ya resistir á las instancias de estos personajes, abandonó sus cuarteles y tomó el camino de la capital. Este campamento, que estaba situado á la falda del cerro de Tzompachi, se hallaba defendido por una torre maciza colocada en la parte superior de dicho cerro, y desde entonces, fué conocida generalmente con el nombre de *la torre de la Victoria*. La paz y la recepcion magnífica que se hizo en Tlascala á los españoles, les volvió el orgullo y sus esperanzas perdidas, y desde este momento se creyeron ya dueños del poderoso imperio mexicano.

He aquí el cuadro que Cortés nos ha dejado, referente á la capital de la república. „La cual ciudad es tan grande y de tanta admiracion, que aunque mucho de lo que de ella podria decir, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada, y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha mas gente que Granada tenia al tiempo, que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan, y de aves, y caza, y pescado de los rios, y de otras legumbres, y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado, en que cotidianamente todos los dias hay en él de treinta mil ánimas arriba, vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuanta cosas así de mantenimiento, como de vestido y calzado, que ellos tratan y pueden haber. Hay joyería de oro, y plata, y piedras, y de otras joyas de plumage tan bien concertado, como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de todas maneras, y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña, y carbon, y yerbas de comer, y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos, y las tapan, hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden, y policia; y es gente de toda razon y concierto; y tal, que lo mejor de África no se le iguala. Es esta provincia de muchos valles llanos, y hermosos, y todos labrados y sembrados, sin haber en ella cosa vacua [*yerma*]: tiene en torno la provincia noventa leguas, y mas; la orden que hasta ahora se ha alcanzado, que la gente de ella tiene en gobernarse, es casi como las señorías de Venecia, y Génova, ó Pisa; porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores, y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra son labradores, y son vasallos de estos señores, y cada uno tiene su tierra por sí: tienen unos mas que otros; y para sus guerras, que han de ordenar, júntese todos, y todos juntos las ordenan, y conciertan.”

Los tlascaltecas pasaron rápidamente del odio á la admiracion, y de la confianza á la adhesion mas absoluta: renació en ellos un afecto sincero hácia los españoles, y trataron de identificarse con ellos; pues imitaban sus maneras, copiaban sus ejercicios militares, prevenian todas sus necesidades, y aun hicieron mas; generales, oficiales, soldados, nobles y pueblo, se pusieron todos á su disposicion. Ofrecieron á Cortés acompañarle á México con todas las fuerzas de la república. Sin embargo, un celo religioso, semejante poco ó mas menos al antiguo fanatismo de los generales musulmanes, volvió á apoderarse de Cortés y á poner su alianza en peligro. No contento con celebrar públicamente su culto en Tlascala, se convirtió este general en misionero, y nada es mas temible que un predicador con espada. Pretendió renovar allí las violentas escenas de Zempoala, amenazando derribar los templos y romper los ídolos. Con una poblacion firme en sus creencias, con sacerdotes poderosos y magistrados dispuestos á proteger el culto nacional, era un principio de renovacion de guerra; mas el buen religioso Olmedo, verdadero discípulo de Las-Casas, acudió otra vez con sus palabras de caridad á esta alma ardiente, mezclando aquel lenguaje con el de la política, y declarando que la religion de Jesucristo no debia predicarse con la espada en la mano; pues sus armas propias eran la instruccion que ilumina los espíritus, y los ejemplos que cautivan los corazones. Repitamos aquí con Robertson, que entre las escenas horribles que presenta la historia del siglo diez y seis, en que el fanatismo fecundiza tan amenudo la ambicion, tales sentimientos deben causar un placer tan dulce como inesperado. En un tiempo en que los derechos de la conciencia, tan mal conocidos en el mundo cristiano, y en que la palabra *tolerancia* aun era ignorada, sorprende hallar un fraile español entre el número de los primeros defensores de la libertad religiosa, al par que de los primeros desaprobadores de la persecucion. Las reflexiones de Olmedo, tan virtuoso como prudente, hicieron impresion en el espíritu de Cortés. Dejó á los tlascaltecas continuar el libre ejercicio de su religion, exigiéndoles solamente que renunciassen al sacrificio de las víctimas humanas.

Durante los veintiun dias que Cortés permaneció en Tlascala, llegó otra nueva embajada de México con los acostumbrados regalos, y desde el momento fué aquella ciudad el foco de las intrigas entre los enviados mexicanos y los gefes de la república. La proteccion de Cortés era el objeto de ambos partidos. Cada uno de ellos para obtenerla, procuraba mostrarse el mas afecto á sus intereses: los mexicanos le persuadian que desconfiase de los tlascaltecas, á quienes pintaban como falsos y engañadores; y éstos haciendo la historia de México, decian al general español que aquella ciudad era la querida de la astucia y la traicion, únicos elementos de su poder. Cortés disimulaba con unos y otros; daba gracias

en lo particular á los chismosos, afectaba entregarse á ellos sin reserva, y manifestaba toda su confianza al último que le hablaba. Él mismo nos los dice en las cartas que escribió á Carlos V. Esta política mas simulada que leal le dió los frutos que esperaba.

Además de las embajadas de la capital del imperio, el comandante español recibió una del hijo del gran Netzahualpilli, el desgraciado rival de su hermano mayor en la cuestion sobre los derechos hereditarios á la corona de Tezcoco, segun tenemos manifestado al principio de este capítulo. Dneño de una considerable parte del antiguo reino de Acolhuacan, imploraba la protección del afortunado gefe de los aventureros españoles, para satisfacer su profundo encono contra su rival y el emperador de los aztecas. La respuesta de Cortés lisonjeaba las esperanzas del príncipe chichimeca; porque su política tendía únicamente á reunir los elementos de desunion para acabar con el coloso de la laguna de Anáhuac. A los pocos días se le presentaron algunos diputados de la gran Cholula, á fin de ofrecerle su buena disposicion é invitarle á que pasase con sus tropas á esta ciudad. Los tlascaltecas se oponían de buena fé al peligroso viage de los españoles á Cholula, asegurando que á sus inmediaciones se hallaba fortificado un crecido ejército azteca; pero no conviniendo á Cortés retroceder un palmo de terreno en el camino de su conquista, determinó emprender su viage á la celebrada ciudad de Cholula, á pesar de las juiciosas reflexiones de sus nuevos aliados los de Tlascala. Ningun poder humano hubiera sido capaz de detenerlo en su atrevida carrera; porque además de su curiosidad en conocer esta ciudad tan celebrada en la historia de las naciones de Anáhuac, ella debía servirle de tránsito para penetrar en la espléndida corte de Moctezuma.

CAPITULO V.

Desde la alianza de los españoles con los tlascaltecas, hasta la memorable batalla de Otumba.

LOS ESPAÑOLES DEJAN Á TLASCALA: su entrada en Cholula: noticias sobre esta ciudad: conspiracion y horrible matanza: sumision de los choluleses y tepeyaqueses: nuevos enviados de Moctezuma. Persecucion contra los totonecas: ascension al gran volcan: continúa la marcha de los españoles: visita del rey de Tezcoco á Cortés: su entrada en esta capital: entrada de los españoles en México. Conferencias de Moctezuma con Cortés: descripcion de la ciudad de México: prision de Moctezuma. Vida del rey en la prision: suplicio del señor de Nauhtlan: proyectos de insurreccion: prision del rey de Tezcoco y de otros señores:

res: providencias posteriores de Cortés: sumision de Moctezuma y de la nobleza mexicana al rey de Castilla: tesoros reales y su reparticion: culto cristiano en el templo mayor: disgustos de los aztecas. Expedicion de Pánfilo Narvaez: paradero de los emisarios salidos de Veracruz: sucesos que tienen lugar en la corte de Castilla: hábil política de Cortés: victoria que alcanza contra las tropas del gobernador de Cuba. Insurreccion de la capital: matanza que hace Alvarado: vuelta de Cortés: levantamiento de los aztecas contra los españoles. Retirada de los españoles: noche triste: terrible matanza; batalla de Otumba.

LOS ESPAÑOLES DEJAN Á TLASCALA: su entrada en Cholula: noticias sobre esta ciudad: conspiracion y horrible matanza: sumision de los choluleses y tepeyaqueses: nuevos enviados de Moctezuma (1519). Todos los preparativos de la campaña estaban dispuestos: los enfermos y heridos restablecidos; la moral del ejército reanimada; los víveres asegurados, é infalible la cooperacion de los tlascaltecas. Se habian adquirido nuevas noticias acerca de las verdaderas fuerzas de Moctezuma, sus medios de defensa, rivalidades de los grandes de sus cortes y otras cosas interesantes. Dos caminos se presentaban á la eleccion del ejército expedicionario: el mas directo atravesaba las montañas de Tlascala de Oriente á Occidente, é iba á salir entre las ciudades de Tezcoco y Otumba. Tal era el que indicaban á Cortés los embajadores de Moctezuma; pero la prudencia del general repugnaba aceptar un itinerario que le proponia su encubierto enemigo. Al fin tomó un camino agreste por la espalda oriental de los montes Matlacueyes, pasando cerca del gran volcan hasta su llegada á Río-Frío. Los tlascaltecas que le seguian en número de cincuenta mil hombres, le aconsejaban que tomase la direccion de Huexotzinco, pequeña república su aliada, y que tambien lo era de los españoles; pero á ruego de los enviados mexicanos y de los diputados de Cholula, Cortés se decidió á pasar por esta última ciudad. No solo creyó que este acto de confianza le colocaria en mas distinguido lugar ante la opinion de los pueblos, sino aun se desprendió de la mayor parte de los tlascaltecas, quedándose únicamente con su cuerpo auxiliar de seis mil hombres.

La antigua Cholula, en la época que Cortés la visitó, era una de las ciudades mas considerables del imperio, célebre por su comercio y establecimientos religiosos. Situada como lo está actualmente en una llanura fértil y muy regada, á alguna distancia del grupo de montañas que rodean el valle de México, se contaban en ella veinte mil casas, sin comprender los arrabales que estaban fuera de su recinto; pero hoy solamente tiene una poblacion de diez y seis mil almas. Esta ciudad fué fundada por los pueblos que ocuparon el Anáhuac antes de la llegada de los aztecas, y aunque se